

LA NOVELA QUE AHORA LLEGA
A LA PANTALLA GRANDE

RACHAEL LIPPINCOTT,
MIKKI DAUGHTRY Y TOBIAS IACONIS

A DOS METROS DE TI





Rachael Lippincott con
Mikki Daughtry y Tobias Iaconis

Traducción de Ricard Gil Giner

NUBE **DE TINTA**

A dos metros de ti

Título original: *Five Feet Apart*

Primera edición en España: marzo de 2019

Primera edición en México: marzo de 2019

D. R. © 2018, CBS Films, Inc.

Publicado por acuerdo con Simon & Schuster Books for Young Readers,
un sello de Simon & Schuster Children's Publishing Division – Todos los derechos reservados

D. R. © 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021, Barcelona

D. R. © 2019, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.mx

D. R. © 2019, Ricard Gil Giner, por la traducción

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización.

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <https://cempro.com.mx>).

ISBN: 978-607-317-682-8

Impreso en México – *Printed in Mexico*

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Penguin
Random House
Grupo Editorial

PENGUIN RANDOM HOUSE GRUPO EDITORIAL

Para Alyson
—R. L.

Dedicamos este libro, y la película, a todos los pacientes, familias, personal médico y seres queridos que luchan tan valerosamente y a diario contra la fibrosis quística. Esperamos que la historia de Stella y Will ayude a dar a conocer esta enfermedad y, algún día, a encontrar una cura.

—M. D. y T. I.

PENGUIN RANDOM HOUSE GRUPO EDITORIAL

Stella

Repaso con el dedo el contorno del dibujo que hizo mi hermana: unos pulmones moldeados con un lecho de flores. Los pétalos que salen despedidos desde el borde de los óvalos idénticos muestran suaves tonos rosados, blancos intensos, violetas azulados, pero todos ellos tienen una singularidad, una vitalidad que parece que va a estar siempre en flor. Algunas flores no han florecido todavía, y mi dedo nota la promesa de la vida que está a punto de desplegarse a partir de los pequeños capullos. Éstas son las que más me gustan.

A menudo me pregunto cómo sería tener unos pulmones así de sanos. Así de vivos. Respiro hondo y siento el esfuerzo que el aire hace por entrar y salir de mi cuerpo.

Separo la mano del último pétalo de la última flor, arrastro los dedos sobre el fondo de estrellas, y cada puntito de luz dibujado por Abby es un nuevo intento de captar el infinito. Me aclaro la garganta, retiro la mano y me inclino para retomar de la cama una foto donde salimos las dos. Dos sonrisas idénticas asoman desde debajo de las bufandas

gruesas de lana, mientras las luces de Navidad del parque parpadean en lo alto como las estrellas del dibujo.

Fue un momento mágico. El brillo tenue de los faroles del parque, la nieve blanca colgando de las ramas de los árboles, la tranquila quietud de toda la escena. El año pasado casi nos congelamos el trasero para tomarnos esa foto, pero ya era una tradición. Abby y yo, juntas, desafiando el frío para ir a ver las luces de Navidad.

Esta foto siempre me hace recordar esa sensación. La sensación de salir con mi hermana en busca de aventuras, las dos solas, y el mundo ante nosotras como un libro abierto.

Con una tachuela, clavo la foto junto al dibujo y luego me siento encima de la cama. Tomo la libreta de notas y un lápiz del buró y mis ojos repasan la larga lista de asuntos pendientes que escribí esta mañana, cuya primera entrada, convenientemente tachada, es “Núm. 1: Escribir una lista de asuntos pendientes”. La última es “Núm. 22: Reflexionar sobre si hay vida después de la muerte”.

Es posible que este número 22 sea demasiado ambicioso para un viernes por la tarde, pero de momento ya puedo tachar el asunto número 17: “Decorar las paredes”. He dedicado la mayor parte del día a hacerme mía esta habitación, antes desnuda y que ahora tiene las paredes llenas de dibujos de Abby, los que me ha ido regalando a lo largo de los años, pedazos de color y de vida que estallan desde las paredes blancas de clínica, cada uno de ellos producto de un viaje distinto al hospital.

En uno de los dibujos aparezco con una aguja intravenosa en el brazo, y de la bolsa salen mariposas de distintas formas, colores y tamaños. En otro llevo un catéter en la nariz, y el cable retorcido dibuja un signo de infinito. En el siguiente estoy usando el nebulizador, y el vapor que sale forma un halo nebuloso. Y por último está el más delicado de todos, un tornado de estrellas difuminado que dibujó la primera vez que vine.

No es tan refinado como sus obras posteriores, pero por alguna razón eso hace que me guste todavía más.

Y justo debajo de toda esta explosión de vitalidad se encuentra... mi abundante equipo médico, que descansa junto a la horrorosa silla de color verde y cuero falso que decora todas y cada una de las habitaciones del hospital Saint Grace. Observo con aprensión el palo vacío de la vía intravenosa, sé que la primera de las muchas tandas de antibióticos que me esperan este mes llegará exactamente dentro de una hora y nueve minutos. Soy una chica con suerte.

—¡Es aquí! —exclama una voz desde el exterior de la habitación. Alzo la vista en el momento en que la puerta se abre lentamente y dos rostros familiares asoman por la pequeña rendija. Camila y Mya me han visitado un millón de veces en la última década, pero siguen siendo incapaces de ir del vestíbulo del hospital a mi habitación sin pedir indicaciones a cada persona que se encuentran por el camino.

—Se equivocan de habitación —bromeo, y sonrío al ver la expresión de puro alivio que las invade.

Mya se ríe, y empuja la puerta hasta abrirla toda.

—No me extrañaría. Este sitio sigue siendo un maldito laberinto.

—¿Están ilusionadas? —pregunto, saltando de la cama para abrazarlas.

Camila se separa un poco para mirarme, hace una mueca y ondea su melena castaño oscura.

—Será el segundo viaje seguido que hacemos sin ti.

Así es. No es la primera vez que la fibrosis quística me impide participar en una excursión, unas vacaciones soleadas o un acontecimiento escolar. Alrededor de 70 por ciento del tiempo vivo con bastante normalidad. Voy a la escuela, salgo con Camila y Mya, trabajo en mi aplicación. La única diferencia es que mis pulmones no funcionan bien. El 30 por ciento restante, en cambio, la FQ controla mi vida. Cada vez que me veo obligada a volver al hospital para una afinación, me pierdo cosas como una excursión al museo o, en este caso, el viaje de último año a Los Cabos.

Esta afinación en concreto se debe al hecho de que necesito antibióticos para deshacerme de unas anginas y una fiebre que se niegan a desaparecer.

Eso, y que mi función pulmonar se está desplomando.

Mya se tumba sobre la cama y suspira dramáticamente.

—Sólo son dos semanas. ¿Segura que no puedes venir? ¡Es el viaje de último año, Stella!

—Segura —digo con firmeza, y ellas saben que hablo en serio. Somos amigas desde secundaria, y ya aprendieron que, cuando se trata de hacer planes, la FQ tiene la última palabra.

No es que no quiera ir. Es que, literalmente, se trata de un asunto de vida o muerte. No puedo ir a Los Cabos, ni a ningún otro lugar, con el riesgo de no regresar. No puedo hacerles eso a mis papás. Ahora no.

—¡Pero este año fuiste jefa del comité de planificación! ¿No puedes pedir que retrasen el tratamiento? No queremos que te quedes aquí metida —dice Camila, señalando con un gesto la habitación de hospital que he decorado con tanto esmero.

Sacudo la cabeza.

—¡Todavía nos queda la Semana Santa! ¡Y no me pierdo un “fin de semana de chicas” en primavera desde que íbamos en segundo, cuando me dio gripa!

Sonríó con optimismo y miró alternativamente a Camila y a Mya. Ninguna de las dos me devuelve la sonrisa, y ambas optan por seguir haciéndome sentir como si hubiera asesinado a sus mascotas.

Veó que ambas llevan las bolsas de trajes de baño que les pedí que trajeran, y le quito la suya a Camila en un intento desesperado por cambiar de tema.

—¡Viva, opciones de traje! ¡Tenemos que elegir los mejores!

Ya que no voy a tostarme al cálido sol de Los Cabos con un traje de baño de mi elección, por lo menos lo viviré indirectamente a través de mis amigas ayudando a elegir los suyos.

Esto las anima un poco. Vaciamos con ilusión las bolsas sobre la cama, creando un popurrí de motivos florales, lunares y fluorescentes.

Observo el montón de trajes de baño de Camila, y se paro uno que queda a medio camino entre un calzón de bikini y una única pieza de hilo, que sin duda heredó de su hermana mayor, Megan.

Se lo tiro.

—Éste. Es muy propio de ti.

Se le agrandan los ojos y sostiene la pieza en la cintura, mientras se sujeta los lentes de armazón de alambre con la otra mano, sorprendida.

—Pero las marcas del bronceado se notarían mucho...

—Camila —digo, agarrando un bikini a rayas azules y blancas que estoy segura que le quedará como un guante—. Era broma. Éste es perfecto.

Aliviada, me arrebató el bikini. Dirijo mi atención a la pila de Mya, pero ella está escribiendo mensajes desde la silla verde del rincón, con una gran sonrisa estampada en la cara.

Saco un traje de cuerpo entero que guarda desde la clase de natación de sexto año, y se lo enseño con una sonrisa de superioridad.

—¿Qué te parece éste, Mya?

—¡Me encanta! ¡Es genial! —responde ella, escribiendo frenéticamente.

Camila resopla, vuelve a meter sus trajes de baño en la bolsa y me dirige una sonrisa astuta.

—Mason y Brooke terminaron —dice, como explicación.

—Dios mío. ¡No puede ser! —exclamo. Es un noticia. Una gran noticia.

Bueno, no para Brooke. Pero Mya está enamorada de Mason desde que iba a clase de Inglés en segundo con la profesora Wilson, por lo que este viaje va a ser su oportunidad para pasar por fin a la acción.

Me choca no poder estar allí para ayudarle a trazar un plan de diez pasos titulado *Romance turbulento en Los Cabos*.

Mya deja el teléfono y se encoge de hombros, se levanta y finge contemplar algunos de los dibujos de las paredes.

—No es para tanto. Quedamos de vernos con él y con Taylor en el aeropuerto mañana por la mañana.

Le lanzo una mirada y ella me devuelve una enorme sonrisa.

—¡Entonces sí es para tanto!

Las tres nos ponemos a gritar de emoción, y yo le muestro un adorable traje de cuerpo entero de puntos que es súper *vintage* y totalmente de su estilo. Ella asiente, me lo quita y lo sostiene frente a su cuerpo.

—Esperaba, literal, que eligieras éste.

Veo que Camila mira nerviosa su reloj, cosa que no me sorprende. Es la reina de dejar las cosas para el último momento y probablemente todavía no ha preparado nada para el viaje a Los Cabos.

Aparte del bikini, claro.

Al ver que me di cuenta de que consultaba el reloj, sonrío como un cordero degollado.

—Todavía tengo que comprar una toalla de playa para mañana.

Típico de Camila.

Me levanto, triste ante la idea de que se vayan, pero no quiero retenerlas.

—¡Entonces se tienen que ir ya! Su avión sale al amanecer.

Mya mira con tristeza a su alrededor mientras Camila, afligida, se enrolla en la mano la bolsa de los trajes de baño. Ambas consiguieron que este momento sea todavía más difícil de lo que yo pensaba. Me trago la culpa y el enojo que burbujan en mi interior. No son ellas las que se van a perder el viaje a Los Cabos. Y además estarán juntas.

Sonrío y prácticamente las empujo hacia la puerta. Me duelen las mejillas de tanta positividad forzada, pero no quiero arruinarles la fiesta.

—Te mandaremos un montón de fotos, ¿sí? —dice Camila, despidiéndose con un abrazo.

—¡Eso espero! Méteme en algunas con el Photoshop —le digo a Mya, que es un as con el Adobe—. ¡Ni se darán cuenta de que no estoy ahí!

Se entretienen en el umbral, y yo pongo los ojos en blanco de manera exagerada, empujándolas en broma hacia el pasillo.

—Fuera de aquí. Que la pasen genial en el viaje.

—¡Te queremos, Stella! —gritan mientras se alejan por el pasillo. Las veo irse, y las despido con la mano hasta que los rizos ondulados de Mya quedan completamente fuera de mi campo de visión, y de pronto no deseo otra cosa que irme con ellas a empacar en vez de desempacar.

Mi sonrisa se desvanece cuando cierro la puerta y veo la vieja foto de familia enganchada al dorso de la puerta.

Fue tomada hace varios veranos en el porche delantero de nuestra casa durante una carne asada del 4 de julio. Abby, mamá, papá y yo con unas grandes sonrisas bobas cuando la cámara capta el momento. La añoranza va en aumento al recordar el sonido de la madera gastada de aquel escalón, que rechinaba a nuestros pies mientras reíamos y nos apretujábamos para la foto. Extraño esa sensación. Juntos, felices y sanos. O casi.

Esto no me está ayudando. Suspiro, me alejo y observo el carrito de las medicinas.

Sinceramente, me gusta estar aquí. Es mi segunda casa desde que tenía seis años, de modo que por lo general no me importa venir. Sigo los tratamientos, tomo mis medicinas, bebo tantos licuados como kilos peso, paso el rato con Barb y con Julie, me voy a casa hasta el siguiente episodio. Así de sencillo. Pero esta vez estoy ansiosa, inquieta. Esta vez no es que quiera sentirme bien, sino que lo necesito. Por mis papás.

Con el divorcio lo echaron todo a perder. Y después de perderse el uno al otro, sé que no podrían soportar perderme también a mí.

Tal vez, si me recuperara...

Tengo que ir paso a paso. Me acerco al aparato del oxígeno, compruebo que el medidor de flujo está bien colocado, y escucho el silbido firme del oxígeno saliendo del aparato antes de colocarme el tubo alrededor de las orejas y deslizar las puntas del catéter en mi nariz. Con un suspiro, me sumerjo en la conocida incomodidad del colchón del hospital, y respiro con fuerza.

Alcanzo la libreta para leer la siguiente tarea de mi lista de asuntos pendientes, para mantenerme ocupada. “Núm. 18: Grabar un video.”

Tomo el lápiz y lo muerdo pensativa mientras estudio las palabras que yo misma escribí. Es extraño, pero reflexionar sobre la vida después de la muerte me parece mucho más fácil en este momento.

Pero como la lista es la lista, suelto el aire y alargo el brazo hacia el buró para alcanzar la computadora, y me siento con las piernas cruzadas sobre el nuevo edredón floreado que compré ayer en Target mientras Camila y Mya compraban ropa para llevar a Los Cabos. No necesitaba ningún edredón, pero se mostraron tan entusiastas en ayudarme a elegir algo para mi excursión al hospital, que me sentí mal de no llevármelo. Por lo menos ahora combina con las paredes, brillantes, intensas y llenas de color.

Ansiosa, tamborileo el teclado con los dedos, y entorno los ojos al ver mi reflejo en la pantalla mientras se prende la computadora. Frunzo el ceño al verme el pelo largo y despeinado e intento alisarlo, pasando los dedos una y otra vez entre los mechones. Frustrada, me quito de la muñeca la liga para el pelo e improviso un chongo mal hecho en un intento de estar medio decente para el video. Extraigo la copia de *Codificación Java para teléfonos Android* del buró y coloco la computadora encima, para que no se me vea demasiado la papada y lograr una toma remotamente favorecedora.

Entro en mi cuenta de YouTube, ajusto la *webcam* y me aseguro de que se ve el dibujo de Abby, el de los pulmones, a mis espaldas.

Es un fondo perfecto.

Cierro los ojos y respiro hondo, oigo el silbido familiar de mis pulmones al llenarse de aire con dificultad a través del mar de mucosidades. Exhalando lentamente, me abofeteo la cara con una tarjeta de felicitación de Hallmark y abro por fin los ojos. Tecleo “intro” para transmitir en directo.

—Hola, amigos. ¿Cómo va el Black Friday? ¡Esperaba que nevara, pero no hay manera!

Volteo la cámara hacia la ventana del hospital, hacia el cielo gris y nublado, hacia los árboles desnudos, al otro lado del cristal. Sonríe al ver que el contador supera por mucho los 1K, una fracción de los 29 940 suscriptores de YouTube que se conectan para ver cómo libro mi batalla contra la fibrosis quística.

—Verán, ahora mismo podría estar a punto de subir a un avión rumbo a Los Cabos para el viaje escolar de graduación, pero en vez de eso pasaré las vacaciones en ésta, mi segunda casa, gracias a unas ligeras anginas.

Además de una fiebre aguda. Pienso en el momento en que me tomaron la temperatura al ingresar esta mañana, cuando los números intermitentes del termómetro alcanzaron unos preocupantes 39 grados. No quiero mencionarlo en el video, porque sé que mis papás van a verlo más tarde.

Ellos creen que sólo es un resfriado.

—¿Quién quiere dos semanas enteras de sol, playas y cielos azules cuando puedes tener un mes a todo lujo en tu propio jardín?

Recito la lista de servicios y los cuento con los dedos.

—Veamos. Dispongo de conserje de tiempo completo, pudín de chocolate ilimitado y servicio de lavandería. ¡Ah, y esta vez Barb convenció a la doctora Hamid para que me deje guardar todas las medicinas y tratamientos en mi habitación! ¡Miren!

Giro la *webcam* hacia el material médico y el carrito de medicinas que tengo a mi lado y que acomodé perfectamente por orden alfabético y cronológico a partir del horario de dosificación que adjunté a la aplicación que creé. ¡Por fin está lista para el periodo de prueba!

Era el número 14 en mi lista de asuntos pendientes, y estoy bastante orgullosa de cómo quedó.

Mi computadora suena con los comentarios que van llegando. Uno de ellos menciona a Barb junto a unos emoticonos de corazón. No sólo es mi favorita, sino la de todos. Desde la primera vez que vine al hospital, hace diez años, es la terapeuta respiratoria de St. Grace, y nunca ha dejado de ayudarme, a mí y al resto de pacientes de FQ, como mi cómplice Poe. Siempre está a nuestro lado cuando tenemos los ataques de dolor más intensos.

Desde hace mucho tiempo hago videos de YouTube para dar a conocer la fibrosis quística. Con el paso de los años, mucha más gente de la que hubiera imaginado ha seguido mis operaciones y mis tratamientos y mis visitas a Saint

Grace, y no han dejado de seguirme ni siquiera en la fase en que llevé unos horribles aparatos para los dientes.

—Mi función pulmonar ha bajado a un treinta y cinco por ciento —continúo, girando la cámara de nuevo hacia mí—. La doctora Hamid dice que estoy escalando firmemente a los primeros puestos de la lista de trasplantes, de modo que voy a pasar un mes aquí, tomando antibióticos, siguiendo el régimen...

Miro el dibujo que tengo detrás, los pulmones sanos que se ciernen sobre mí, fuera de mi alcance.

Niego con la cabeza y sonrío, y me inclino para tomar un frasco del carrito de las medicinas.

—Eso implica tomarme las medicinas a mi hora, ponerme el chaleco Afflo para desintegrar los mocos y... —alzo el frasco— tomar cada noche una gran cantidad de este líquido nutritivo a través de la sonda. Si hay alguna chica deseosa de poder engullir cinco mil calorías al día y seguir teniendo un cuerpo digno de lucir en Los Cabos, estoy dispuesta a hacer un intercambio.

La computadora no para de sonar, los mensajes llegan uno tras otro. Leo unos cuantos y dejo que la positividad ahuyente toda la negatividad que sentí al meterme en esto.

¡Resiste, Stella! Te queremos.

¡Cásate conmigo!

—¡Los pulmones nuevos pueden llegar en cualquier momento, tengo que estar preparada!

Lo digo como si lo creyera de todo corazón. Aunque después de tantos años he aprendido a no hacerme ilusiones.